EL LABERINTO,

PERIÓDICO UNIVERSAL.

REVISTA PINTORESCA DEL TIEMPO Y DEL GLOBO.

SUSCRICION EN MADRID.
Un mes, 8 rs.—Tres id., 20.—Seis id., 36.—Un año, 70.—El número suelto, 5 reales.

N.º 21, TOMO I.—LUNES 7 DE JULIO DE 1845.
La redaccion está en la calle de Carretas, núm. 35, cuarto segundo.—El correo franco de porte.

SUSCRICION EN PROVINCIAS.
Un mes, 10 rs.—Tres id., 28.—Seis id., 54.—Un año, 110.—Suscribese en las librerías corresponsales de la casa.

RESUMEN.

Biografía: Rioja, por D. José Amador de los Rios.—Recuerdos de Salamanca (poesía), por D. M. Roca de Togores.—Catedrales de España.—El hermano de la mar, capítulo VI, por don Tomás Rodriguez Rubí.—Poesía lírica, por D. Gavino Tejado.—Revista teatral y literaria.

BIOGRAFIA.

RIOJA.

La poesía de Boscan y de Garcilaso, que habia nacido, como observamos al hablar de Fray Luis de Leon, bajo la influencia de la imitacion de los griegos y latinos, renunciando voluntariamente á la nacionalidad y á los sentimientos que habian animado los antiguos cánticos del pueblo castellano, se halló al cabo privada de los medios que podian darle en España popularidad y vida.—Aquel sublime poeta que tan dulcemente habia vibrado la cuerda del corazon, pidiendo sus inspiraciones á la musa del cristianismo, no pudo sin embargo contener con su ejemplo la marcha que se habian propuesto seguir los *petrarquistas*. La verdad de los afectos y la espontaneidad en la manera de expresarlos eran prendas olvidadas enteramente por los sectarios de aquella escuela, que esclava de las bellas formas, sacrificaba en sus altares la independencia del pensamiento.—Hernando de Herrera, cuyo talento vigoroso, cuyo genio poético le habian dado á conocer la necesidad de romper aquellas doradas cadenas, acometió con una fé y una constancia admirables la empresa de dar á la poesía española un nuevo y mas elevado carácter, si bien no apartándose de los escritos del siglo de Augusto.—El estilo que se propuso introducir en ella, hijo mas bien de maduros y largos estudios que del sentimiento que le impulsaba á llevar adelante la innovacion, fué causa no obstante de que no pudiera ser esta completa, obteniendo el éxito que hubiera sido necesario para desterrar el amaneramiento, que caracteriza el descolorido concierto, levantado por sus contemporáneos.—Los esfuerzos de Herrera, sin consecuencia alguna trascendental, solo dieron por fruto al parnasó español algunos centenares de *palabras poéticas*, recogidas y usadas con an-

sia por sus imitadores, y algunas magníficas odas, en que se propuso cantar los mas grandes acontecimientos de su época.—Demasiado docto para descender al terreno de las tradiciones del pueblo, ó demasiado adicto á los griegos y latinos para reconocer el inmenso tesoro de la poesía vulgar, perdió tambien de vista los elementos que formaban la vida de aquel, dando cuerpo y valor á sus costumbres, y que debian al mismo tiempo constituir la índole de su literatura.—Continuaron, pues, llamando la atencion de los poetas castellanos los zagales con su vida campestre; y mientras que rugia el leon de España en San Quintin y Gravelinas, era de ver cómo afectaban vivir nuestos poetas en medio de una paz octaviana, recordando los tiempos patriarcales, en que un rabel, una zagala y un corto rebaño bastaban para constituir la felicidad de la vida.—En su fingido desvarío no comprendieron tampocó los peligros que amenazaban á la independencia del pensamiento, y como habian renunciado á su libre y espontáneo ejercicio, no bicieron ni pudieron hacer cosa alguna para conservarla.

Un poeta andaluz, nacido á mediados del siglo XVI, llegó entretanto á la arena literaria, y al encontrar á la poesía española tan mal parada y vistiendo tan humilde traje, quiso protestar contra los que la habian puesto en semejante situacion, y se lanzó á la liza con las armas del innovador y con la conciencia del hombre de talento.—Don Luis de Góngora, pulsando las cuerdas del laud castellano, logró producir en sus romances los dulces sones que habian arrebatado siempre al pueblo, y sus cantos fueron oidos con aplauso.—Pero queriendo ir mas lejos y careciendo de la instruccion de Herrera, hubo de dar en un espantoso precipicio: creó un lenguaje tan revesadamente fantástico, é introdujo tales giros, metáforas é hipérboles en él, que pasando al extremo opuesto, la poesía vino en sus manos á ser de todo punto ininteligible.—Trocó su humilde y prosáica sencillez por la hinchazon mas afectada y oscura, trastornando la sintáxis y atropellando la prosódia, y á vueltas de los pasajeros triunfos que habia alcanzado en la osada lira del poeta cordobés, se alzó con el dominio del parnaso, contagiando todos los géneros y avasallando á los mismos ingenios que le habian combatido mas denodadamente.—Vino despues la turba insana de comentadores y *culteranos*, sin el talento de Góngora para comprender sus aciertos, y con mucho peor gusto que él para santificar sus extravíos; y aquella hermosa doncella que habia sonreido con Garcilaso, estremeciéndose al oir el acento de Leon y de Herrera, que se habia adormido al son de los uniformes cantares de Figueroa, Morillo, Acuña, Mesa, Soto de Rojas y otros muchos, vióse ataviada de tan incoherentes y monstruosos ornatos que hubiera sido empresa harto difícil el reconocer sus pasadas bellezas.

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS · MUSEO BIBLIOGRAFICO DEL SIGLO XIX

En medio de la deshecha borrasca que corrian las letras, estaba reservado á un gran poeta el levantar su voz para echar los cimientos á una gloria tan duradera como el idioma de Cervantes.—Francisco de Rioja, andaluz como Góngora y sacerdote como él, habia nacido en el primer año del siglo XVII (año en que amanecia al mundo la antorcha del grande ingenio de Calderon) para manifestar que en el mismo suelo en donde habia abortado, por decirlo asi, la hidra que devoraba las musas españolas, hallaban estas culto y adoracion, renaciendo con mas lozanía y ostentando mas propias galas.—Rioja, con aquella dulce y consoladora filosofía que habia manado de los labios de Fray Luis de Leon; con aquella delicadeza de afectos y aquella pureza que distinguen las almas elevadas, dió á sus poesías una entonacion magestuosa y noble, bañándolas en una tinta melancólica de tan maravilloso efecto, que no pueden menos de embriagar dulcemente los sentidos.—Se ha dicho con frecuencia, que el estilo de Rioja es muy parecido al de Herrera; y esta opinion, en que reconocemos cierto fondo de verdad, debe tener, como en la *Historia de la literatura española* indicamos, importantes modificaciones.—Rioja, á juzgar por el discurso que escribió para las poesías de Hernando de Herrera, impresas en 1619 por Francisco Pacheco, profesaba grande veneracion al cantor de Lepanto, y aun se lo habia propuesto por modelo; pero Rioja contaba entonces diez y nueve años solamente, y no se hallaba en otra situacion mas que en la de ofrecer aquel tributo de su respeto al ardiente amador de Eliodora.—Cuando pudo crear un estilo, cuando escribió esas pocas poesías que han llegado á nuestras manos para revelarnos su ingenio y los desengaños de que habia sido víctima, su edad era ya mas granada.—Conoció entonces que la elocucion de Herrera adolecia en general del defecto que habia dado al traste con las letras, y trató de apartarse de aquella peligrosa senda que podia arrastrarlo insensiblemente al naufragio comun. Su estilo es, por esta causa, mas puro, su elocucion mas tierna, si bien no menos ardiente y digna; logrando sobre todo el trasladar á sus producciones todos sus afectos, todas sus creencias. lo cual nos obligó á decir en el artículo de Fray Luis de Leon, que despues de la época de este insigne vate solo él habia llenado cumplidamente las condiciones del genio, añadiendo ahora que superó al ilustre agustino en la armonía y belleza del lenguaje, no obstante de encontrarse en sus obras tambien algunos resabios de prosaismo.

El delicado ingenio que habia logrado salvarse en medio del universal contagio que plagaba la literatura española, dando una prueba admirable de su talento y buen juicio, vió la luz en Sevilla, cuna de los Alcázares, Arquijos y Mal-Laras.—Ignóranse desgraciadamente los nombres y la condicion de sus padres, si bien es de suponer que contarian con bienes de fortuna, pues que desde su mas tierna edad le dedicaron al cultivo de las letras.—Estudió Rioja las lenguas orientales y la filosofía en la universidad de su patria, y despues de haber oido teología en la misma academia, se consagró exclusivamente á la carrera de las leyes, graduándose de licenciado en esta facultad y pasando á la córte, en donde ocupaba el conde-duque el primer puesto entre los consejeros de Felipe IV. Favorecido por aquel poderoso ministro, á quien habia dedicado algunas de sus producciones, alcanzó el ser nombrado cronista del mismo rey y su bibliotecario, prestando en todas partes señalados servicios, como afirma el bachiller Burguillos en una de sus espinelas, cuyo único mérito consiste en contener una noticia importante de tan esclarecido ingenio, dice asi:

El índice que á la mano
traiga el libro sin congoja,
fué cuidado de Rioja,
nuestro docto sevillano.

La sensata y racional aversion que profesaba al culteranismo, entronizado en los salones, en los claustros y en las plazas, le hizo aparecer á los ojos de los Paravicinos, Ledesmas y Fonsecas como un estravagante. La ojeriza literaria se convirtió en breve en odio personal, y cuando Rioja logró ser agraciado por el rey con una plaza en el Consejo supremo de la Inquisicion, estalló contra él horriblemente. Sufrió por resultado una prision bastante penosa, sin que se hayan podido averiguar mas pormenores de esta desgracia; pero es de creer que Rioja triunfase, como Fray Luis de Leon, de sus enemigos á fuerza de inocencia, al verle salir absuelto de su encierro, retirándose á gozar de la racion, que desde el año 1636 disfrutaba en la catedral de Sevilla. Restituido á esta hermosa capital y entregado de lleno al estudio de las bellas letras, vivió largo tiempo retirado en una cómoda, aunque humilde casa, que labró él mismo junto al monasterio de san Clemente, lugar apartado del tráfago de la ciudad y muy propio para el género de vida que se proponia hacer el ilustre poeta.—Adornóla de amenos jardines y bullidoras fuentes, enriqueciéndola con preciosas alhajas, como afirma D. Diego Ignacio de Góngora en el *Apendice* que puso á los *Claros varones de Sevilla*, de Rodrigo Caro; y abrigando en su pecho aquel disgusto que le habia hecho concebir la vanidad de las cosas del mundo, y mas que todo las intrigas de que habia sido víctima, exclamó al hallarse rodeado de las flores plantadas por su mano, no oyendo ya el ruido de la ambicion y de la lisonja:

Un ángulo me basta entre mis lares,
un libro y un amigo.

Allí estaba el poeta contemplando una naturaleza bella y risueña, á las márgenes del caudaloso Guadalquivir; allí estaba en medio de la soledad el filósofo que habia apurado en el mundo el cáliz de la amargura. Su corazon rebosaba en la hiel que lo habia emponzoñado; su alma deseaba sin embargo encontrar el dulce reposo que la religion le ofrecia; y sintiendo la necesidad de expresar lo que pasaba dentro de sí, tendió la vista en su alrededor y halló las flores.—Cantó el puro carmin de las rosas, inspiróle la nítida blancura de los jazmines, y encontró apacibles encantos en los claveles y las arreboleras; lo cual le ha conquistado el título de *cantor de las flores* entre los clásicos.—Pero ¿no hay nada debajo de aquel lenguaje delicado y pintoresco?.... ¿No se vé en aquellas preciosas *Silvas* el filósofo cristiano pidiendo consuelos al Hacedor supremo, y desdeñando la pequeñez de cuanto le cerca?.... ¿Qué pensamiento se descubre si no en la que consagra á la *Rosa*?

Pura, encendida rosa,
émula de la llama
que sale con el dia,
¿cómo naces tan llena de alegría,
si sabes que la edad que te dá el cielo
es apenas un breve y veloz vuelo?...

Este pensamiento, hijo de la melancolía de su corazon, ¿no está revelando el estado en que se hallaba el espíritu de Rioja?...

Tiendes aun no las alas abrasadas
y ya vuelan al suelo desmayadas;
tan cerca, tan unida
está al morir tu vida,
que dudo si en sus lágrimas la aurora
mústia tu nacimiento ó muerte llora.

Así termina aquella bellísima composicion, cuya esencia poética no podia ser mas melancólica, ni respirar mas ternura. Rioja vertió igualmente sobre las demas flores ese llanto consolador de que habia menester su corazon para latir tranquilo: por entre las bellas formas con que supo revestir sus sencillos pensamientos, se deja entrever siempre el fondo de sentimiento que abrigaba en su pecho, tomando con frecuencia la entonacion y el colorido de la apasionada elegía.—Sus silvas á la *Primavera* y al *Verano*, sus sonetos y sobre todo su oda *A la riqueza*, donde se ha dicho que trató de imitar á Horacio, revelan el mismo afan interior, el mismo disgusto del mundo y de sus grandezas, y la misma profundidad de miras filosóficas; pareciéndonos dignos de trasladarse aquí los siguientes versos de la última obra:

¡Oh mal seguro bien! ¡oh cuidadosa
riqueza, y cómo á sombra de alegría
y de sosiego engañas!...
El que vela en tu alcance y se desvia
del pobre estado y la quietud dichosa
ócio y seguridad pretende en vano.
Pues tras el luengo errar de agua y montañas,
cuando el metal precioso coja á mano
no ha de ver sin cuidado abrir el dia.
.....
¿Mas qué halló difícil y encubierto
la sedienta codicia?...
turbó la paz segura
con que en la antigua selva florecieron
el abeto y el pino,
y trájolos al puerto
y por campos de mar les dió camino.
Abrióse el mar y abrióse
altamente la tierra,
y saliste del centro al aire claro,
hija de la avaricia,
á hacer á los hombres cruda guerra.

Pero en donde Rioja se mostró mas grande, saliendo ya del recinto en que voluntariamente se habia encerrado, para tender su vista sobre los hombres y las cosas de su época, fue en la casi perfecta epístola moral, como dice el Sr. D. Manuel José Quintana, dirigida á Fabio. En esta obra inmortal de la literatura española se hallan sembrados copiosamente aquellos pensamientos morales, aquellas imágenes sencillas, tiernas y magestuosas, y aquella agradable filosofía que tan bien supo derramar en todas sus creaciones.—Sentimos que los límites de nuestro periódico nos impidan el hacer un detenido análisis de tan sublime composicion, que recordaremos siempre con entusiasmo, si bien no podemos renunciar á trascribir algunos rasgos de ella.

Fabio, las esperanzas cortesanas
prisiones son, do el ambicioso muere
y donde al mas astuto nacen canas.

Dice Rioja al comenzar la *epístola*, preparando el ánimo del lector para recibir la leccion profunda que va á darle:

.....El corazon entero y generoso
al caso adverso inclinará la frente
antes que la rodilla al poderoso.

¿Quién no conoce en este brillante rasgo la independencia y la elevacion del carácter del gran poeta sevillano? Mas adelante añade:

Mas precia el ruiseñor su pobre nido
de pluma y leves pajas, mas sus quejas
en el bosque repuesto y escondido,
Que agradar lisonjero las orejas
de algun príncipe insigne, aprisionado
en el metal de las doradas rejas.

Para pintar cuán poco valen las distinciones y la pompa del mundo, dice:

¿Qué es nuestra vida mas que un breve dia,
do apenas sale el sol, cuando se pierde
en las tinieblas de la noche fria?...
¿Qué es mas que el heno, á la mañana verde,
seco á la tarde?... ¡oh ciego desvarío!
¿Será que de este sueño me recuerde?

El poeta se eleva despues á considerar el destino de la razon humana, y lleno de horror, al recordar los extravíos á que se habian entregado sus contemporáneos, se fija mas principalmente en el estado del clero, cuyos abusos habian de producir la época miserable de Cárlos II.—Con un valor y una entereza, hijas de la rectitud de su conciencia pura, exclama al fin de este modo:

No quiera Dios que imite los varones
que moran nuestros *claustros* macilentos,
de la virtud infames histriones:
Esos inmundos trágicos, atentos
al aplauso comun, cuyas entrañas
son infaustos y oscuros monumentos.

Hemos sustituido á la palabra *plazas* la de *claustros* por haber visto escritos estos tercetos de esta manera en un antiguo manuscrito que poseia no há mucho un erudito amigo nuestro. Sobre parecernos esta espresion mas propia gramaticalmente hablando, tiene la gran ventaja de ser tambien característica. Los predicadores del tiempo de Rioja, atentos mas bien al *comun aplauso* que á la dignidad de su ministerio, habian creado una especie de elocuencia tan extraña que ponian en ridículo los asuntos mas sublimes; de que pueden dar fé los secuaces del padre Hortensio de Paravicino, no siendo por otra parte el clero regular tan virtuoso como debia.—Rioja lleno de justa indignacion al contemplar semejante conducta, no pudo menos de prorumpir en aquella exclamacion terrible, añadiendo despues algo mas sosegado:

¡Cuán callada que pasa las montañas
el aura respirando mansamente!...
¡qué gárrula y sonante por las cañas!...
¡Qué muda la virtud por el prudente!...
qué redundante y llena de ruido
por el vano, ambicioso y aparente!...

Mucho esfuerzo es necesario hacer para no seguir copiando: esta magnífica epístola acaba asi:

Ya, dulce amigo, huyo y me retiro
de cuanto simple amé, rompí los lazos:
ven y verás al alto fin que aspiro,
antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

Se ha promovido en estos últimos años una cuestion, en la cual no hemos tenido pequeña parte, sobre si la *Cancion á las ruinas de Itálica*, que tanta gloria habia alcanzado á Rioja, era ó no original suya.—Ya en la *Historia de la literatura* dijimos nuestra opinion sobre este punto, opinion que en nuestro juicio no puede estar mas conforme con la razon y con los hechos. Rioja no hizo, pues, mas que añadir algunas estanzas, llenas del mas profundo sentimiento, y dar algunas pinceladas brillantes á la cancion que con el mismo objeto escribió el docto Rodrigo Caro, cancion que leimos hace algunos años en un códice que existe en la biblioteca de la catedral de Sevilla, copiado de otro que en aquel tiempo poseia el convento de Utrera, titulado: *Memorial de la villa de Utrera*, escrito por el citado autor en 1604.—Entre varias y muy eruditas noticias de antigüedades se lee tambien la cancion referida, que dice el mismo Caro haber compuesto, cuando en 1595 visitó las ruinas de Itálica.—Como Rioja no publicó sus poesías, no debe extrañarse que sus editores encontrasen esta composicion entre los manuscritos de nuestro poeta, publicándola como suya, pues que no tenian noticia alguna del códice de Rodrigo Caro.—El hecho, sin embargo, es enteramente cierto: la cancion primitiva se hizo cinco años antes de nacer el gran poeta sevillano á quien consagramos estas líneas, y el códice fué escrito cuando contaba solamente cuatro.—Pero Rioja no es menos digno de la admiracion de su posteridad, por haber refundido esta cancion preciosa: para que los lectores de *El Laberinto* puedan formar una idea de lo que ganó en sus manos, citaremos las siguientes estrofas de una y otra. Así describe Caro el famoso circo de aquella desgraciada ciudad, patria de tantos emperadores:

Aqueste destrozado anfiteatro,
donde por daño antiguo y nueva afrenta
renace ahora el verde jaramago,
ya convertido en trágico teatro,
¡cuán miserablemente representa
que su valor se iguala con su estrago!
Como desierto y vago
la grita y vocería
que oirse en él solia
la ha convertido en un silencio mudo,
que aun siendo herido en cavernosos huecos
apenas vuelve mis dolientes écos,
de su artificio natural desnudo....

Hé aquí de la manera que refundió Rioja esta estanza:

Este despedazado anfiteatro
ímpio honor de los dioses, cuya afrenta
publica el amarillo jaramago,
ya reducido á trágico teatro,
¡oh fábula del tiempo! representa
cuánta fué su grandeza y es su estrago.
¿Cómo en el cerco vago
de su desierta arena
el gran pueblo no suena?
¿dónde, pues, fieras hay, está el desnudo
luchador? ¿dónde está el atleta fuerte?
Todo despareció, cambió la suerte
voces alegres en silencio mudo:
mas aun el tiempo da en estos despojos
espectáculos fieros á los ojos
y miran tan confuso lo presente
que voces de dolor el alma siente.

Hasta aquí hemos hablado solamente de las poesías de Rioja, alguna de las cuales publicó por primera vez en 1774 el editor del *Parnaso*, viendo las restantes la luz pública el año de 1797 en la *coleccion* de D. Ramon Fernandez. Todas las producciones que han llegado á nuestras manos se reducen á trece silvas, cincuenta y seis sonetos, una epístola, una estina y la cancion de que acabamos de hablar. Rioja pareció adivinar la suerte de sus obras, cuando dijo:

.....En el último dia
comenzará á vivir la gloria mia.

Ciento quince años despues de su muerte, salieron á luz aquellas.—Réstanos decir algo de las obras que escribió en prosa, que segun afirma D. Nicolás Antonio son las siguientes: *El Aristarco*, publicado sin nombre de autor; *Ildefonso ó tratado de la Concepcion de Ntra. Sra.*; una carta á su amigo Pacheco *sobre el título de la Cruz*; un *Discurso en favor de los cuatro clavos de Cristo*; y un *Aviso á predicadores*, obra de que hace mérito el citado Francisco Pacheco en sus *Diálogos de la pintura*. Hace siete años que existia en la biblioteca colombina un precioso manuscrito que encerraba varias cartas de Rioja, dirigidas al erudito pintor que acabamos de mencionar, y de éste á aquel, las cuales contenian un fondo de doctrinas admirable, tanto sobre el arte encantadora de la pintura, como sobre varios puntos literarios. Desgraciadamente ha desaparecido tan estimable monumento sin que hayamos podido averiguar su paradero, perdiéndose así una de las joyas que debian esmaltar la corona de aquellos doctos sevillanos.—Frisaba ya en los cincuenta y nueve años el inmortal poeta, cuando saliendo de su apacible retiro volvió á engolfarse en el bullicio del mundo, pasando segunda vez á la córte. La repugnancia con que habia abandonado sus *lares* y su *honesta* mesa y el conocimiento de cuanto le rodeaba, engendraron en él una profunda tristeza que le arrastró muy en breve al sepulcro. Murió, pues, en Madrid el 8 de agosto de 1659, perdiendo con él las musas españolas su cultivador mas respetuoso, y extinguiéndose el último rayo de la poesía lírica castellana. Su cadáver fué enterrado en la parroquia de S. Luis, en donde hasta se ignora el sitio de su huesa, no pudiendo repetir los que visiten este templo, deseosos de pagarle el último tributo, aquellos versos de su admirable epístola:

Adonde por lo menos, cuando oprima
nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno:
blanda te sea al derramarla encima.

José Amador de los Rios.

RECUERDOS DE SALAMANCA.

A LAURA EN EL CAMPO.

Romance II.

En una hermosa floresta
donde con sombra perenne
impenetrables encinas
guardan la alfombra de césped,
Por gozar el alma pura
y dar tregua á los corceles
paso á paso van llegando
los cortesanos ginetes.
Al insólito bullicio
dejan el pasto los bueyes
y de rama en rama vuela
el tímido martinete.
En vano Laura procuras
alcanzar sus giros breves,
y suelta al corcel la brida
el aire rápida hiendes:
Que él sigue tus movimientos
corres, huye, paras, vuelve,
hora al cielo se levanta,
hora á la grama desciende.
Del fiero arcabuz se burla
en los copudos almeces,
y á su dulce compañero
del crudo peligro advierte.
¡Ah! perdónalos, señora,
por el amor que se tienen,
y por salva de alegria
lanza, lanza el rayo ardiente.
Tiempo vendrá que empleado
contra la cobarde liebre,
los cazadores del bosque
por su deidad te veneren.
Mas hora no, que cubierta
con el leonado bonete
la cerviz, envuelto el rostro
en sus lambrequines verdes;
Al cinto la roja banda,
y puesto al hombro el mosquete,
audaz caudillo te juzgan
y tu noble arrojo temen.
Y cuando acaso lascivo
el cefirillo insolente
quiere libar de tu boca
los purpurinos claveles,
Y muestra el áureo cabello
sobre tu rostro de nieve,
y del velo entre las nubes
tus dos luceros celestes;
Los pastores y zagalas
en mil preguntas se pierden,
y lo que ignora la vista
el cuitado pecho siente.
«Dínos, gentil criatura,
que así enamoras y vences,
que cuando el sentido encantas
llagas el alma, ¿quién eres?
Cual tú pintan las leyendas
á las hijas de los reyes;
y cual tú los campeones
que en Tierra Santa florecen;
O eres hada sobrehumana
y ocultas entre los pliegues
del manto, hechizada silla
que por los aires te lleve.»
Páras, y Leda sonries;
y la amiga mano tiendes
á la turba, que admirada,
la verdad al fin comprende.
Solo en el reino de amor
ciñe diadema tu frente,
tus miradas son tus armas,
¿quién las vió de mejor temple?
Son tus brios juveniles
tus encantados jaeces.
¿Ni para qué mas hechizos
que no contar diez y nueve?
En tanto por la espesura
que vela el sol de Occidente
acuden los aldeanos
á saludar á su huésped.
Los festivos muchachuelos
con listones diferentes
mil trenzas abigarradas
en confusas danzas tejen,
O ya esgrimiendo los tirsos
en vez de agudos floretes,
recuerdan antiguas zambras
de zegríes y gomeles,
Mientras al son de atabales
cantan discretos motetes,
por daros la bienvenida
en sentidos parabienes.
¡Ay! tienen las dulces flautas
un sonido tierno y flébil,
que el espíritu recoge
y el alma toda conmueve.
Son cual la vaga memoria
de nuestra edad inocente,
melancólica y suave
entre mundanos deleites.
Compara el albor del cielo
y del prado el fresco ambiente
con la luz de los festines
y el humo de los banquetes.
Verás cómo grita el alma
libre, feliz, inocente,
¿quién, oh campo, no te adora?
¿quién, Madrid, no te aborrece?
¿Mas cuál murmullo se mezcla
á los cánticos alegres?
Son de un cercano arroyuelo
los cristales elocuentes.
Quejoso de su destino
tan mal su grado desciende,
que en cada flor de su orilla
el tardo paso detiene.
Enamorado del valle,
feliz, dice, una y mil veces
quien nunca deja la sombra
de los paternos laureles!
Feliz el raudal sonoro
de la cristalina fuente
que en aquella piedra nace
y en estas arenas muere!
Yo cuitado no soy libre
de pararme ó de volverme,
que en la creacion mi cauce
inclinó el Omnipotente.
¿Arroyo, quién en el mundo
es árbitro de su suerte

si es el raudal de la vida
tan inclinada pendiente,
Que sin tregua en los dolores,
sin descanso en los placeres,
desde la cuna al sepulcro
corre, corre, corre siempre:
Sin que nadie te consulte
lo que mañana sucede,
hasta que en el ponto inmenso
de la eternidad pereces?
Pobre arroyo, así del Tormes
te inclinas á la corriente,
y luego al Duero te arrojas,
y luego en el mar te pierdes.
Lleva al menos en tus linfas
mis pensamientos crueles,
y pasen como tus ondas
que nunca á su orígen vuelven.
Mas ya el antiguo castillo
por el égido aparece
ostentando en el ocaso
sus calados chapiteles.
En su abierta galería
que cien pilares sostienen,
deja su huella el arado
en vez del pesado ariete.
Las profundas anchas cabas
son pastoriles albergues,
nidos son las aspilleras
de palomas inocentes.
El ferrado alto rastrillo
se torna humilde pesebre,
y en la misma sala de armas
el tranquilo hogar se enciende.
Así quien jóven un dia
cortés, galan, impaciente,
fué envidia de sus rivales
y de las damas juguete,
Hoy del tiempo aficionado
busca las doradas mieses,
y de la edad que ha perdido
avergonzado se duele.
Crudo efecto de los años,
¿quién á tu impulso no cede,
si su condicion trastornas
aun á las mismas paredes?
Mas ya la pálida luna
por el firmamento asciende,
y en los cansados mortales
su letal influjo vierte.
Tiempo es que páren las danzas,
tiempo es que los juegos cesen,
y que á Morfeo brindemos
con tibia espumosa leche.
A su influjo en lecho blando
que la lealtad te previene,
tú que del pasado ries,
bella Laura, duerme, duerme,
Que los sueños placenteros
entre tus nevadas sienes
un porvenir te señalan
tan bello como el presente.
Sí, que á tu edad, bella niña,
suspensa el alma, entre muelles
esperanzas se columpia,
y en ilusiones se mece.
Así en el bosque nativo
cándido pastor se aduerme
al columpio de las ramas,
al murmullo de las fuentes.
¡Ay de aquel que desvelado
por hondas penas aleves,
solo fia su reposo
á los brazos de la muerte!

ROCA DE TOGORES.

CATEDRALES DE ESPAÑA.

Catedral de santa Cruz de Tenerife.—Bajo la direccion de Miguel Alonso, arquitecto portugués, se construyó en 1515 una iglesia parroquial en la capital de las Islas Canarias con la advocacion de nuestra Señora de los Remedios. En 1618 se fabricó una torre de 36 varas de altura. En 1813 se derribó el antiguo frontis, erigiéndose otro, para el cual se tomó por modelo el de la catedral de Pamplona. Por bula del Sumo Pontífice fue declarada catedral en 1819 la que antes era solo parroquia.

Catedral de Murcia.

Catedral de Murcia.—La construccion de la catedral de Murcia empezó á fines del siglo XII, y considerada en conjunto ofrece un aspecto magestuoso, si bien algo recargado. Se compone el interior de tres naves separadas por enormes pilares de grupos de columnas. Allí se conservan los cuerpos de san Fulgencio y de san Florentino, y en un suntuoso mausoleo, colocado al lado del Evangelio, se guardan el corazon y las entrañas de D. Alonso el Sabio, rey de Castilla. Entre las muchas capillas que se ven alrededor del templo, es sin duda la mas notable la de los Velez, de cuya fachada ofrecemos á nuestros lectores un exacto dibujo. Su recinto es octógono y bastante espacioso, se halla decorado con multitud de columnas y de adornos góticos, coronándolo una elegante cúpula.

Catedral de Valladolid.—Es la catedral de Valladolid una de las mas bellas obras trazada y empezada por el célebre Juan de Herrera. Su fachada principal es dórica, y tiene 160 pies de altura; consta de dos cuerpos: se compone el primero de cuatro medias columnas resaltadas en el muro, y el diámetro de cada una es de dos varas. Guarda el segundo cuerpo el mismo órden que el primero: empieza con cuatro pedestales, que corresponden á las medias columnas, y en sus basamentos estan las estátuas colosales de los cuatro doctores. A la

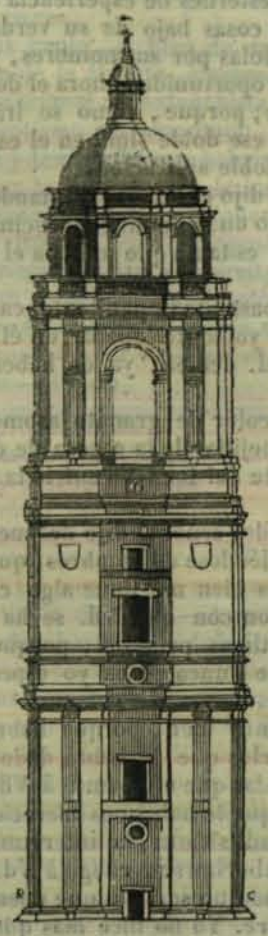
Catedral de Tenerife.

una de la tarde del 31 de mayo de 1841 se anunció una furiosa tempestad que duró dos horas con lluvia y granizo. A las cinco menos cuarto se oyó en

toda la ciudad una detonacion formidable como la del trueno, producida por el derrumbamiento de la gigantesca torre de tan magnífico templo. Tenia esta torre 270 pies de elevacion, dividida en tres cuerpos.

Catedral de Valladolid despues del hundimiento.

Hacia tiempo que se presentia su ruina por las hendiduras que se presentaban en ella desde el siglo pasado á consecuencia de un terremoto. Se aseguró que al hacer en ella algunos reparos cierto religioso en 1813, dijo que solo podria durar veinte y dos años.



Torre de la catedral.

EL HERMANO DE LA MAR.

CAPITULO VI.

ESPLICACIONES.

Huye esparcido el oro por la espalda,
La doncelluela, en lo demas desnuda;
Que á nadie mueve el nácar ni esmeralda.
VICENTE ESPINEL.

Juzgad de la sorpresa y asombro de la esposa de don Julian, cuando al dia siguiente Eugenia turbada y llorosa le refirió circunstanciadamente las escenas de escándalo que con una audacia sin ejemplo se habia permitido el Inca. Quedó la respetable señora sumida en la mas profunda meditacion por espacio de algunos minutos, y despues con dolorosa espresion le dijo á Eugenia:

—¿Por qué no me lo has dicho hasta ahora?

—¿Y quién, madre mia, pudo imaginarse que ese hombre detestable me habia de perseguir con tan estraña tenacidad? Yo, en mi ignorancia del corazon humano, jamás sospeché que pudieran existir algunos hombres con la hipócrita astucia del raposo, la torcida intencion de la hiena, y las entrañas de los tigres. Cuando por primera vez escuché sus amenazas, me pareció que era imposible que llegára á realizarlas: creí que aquello era un impotente desahogo del amor propio irritado; palabras y nada mas que palabras sin eco ni consecuencia, que el viento se llevaba; y hasta llegué á reirme de ellas considerándolas producidas por un rapto de cólera ó de demencia. Pero despues que he visto la calma fria y seguridad con que lleva adelante sus repugnantes juramentos y las pérfidas maquinaciones que dirige en daño mio, he llegado á adquirir el triste convencimiento de que será capaz de asestarme otras mayores, y he trocado en un contínuo terror é incesante sobresalto el desprecio primitivo. Por eso hasta ahora callé: no quise alterar tu reposo con la esperanza de que al fin desistiria de su venganza ante la severidad de mi conducta; pero veo que me he engañado en mi juicio; que no puedo luchar sola, y que necesito de tu amparo y maternal defensa para triunfar de su villana astucia.

—¡Dios mio! ¡si tu padre lo supiera!....

—Cuando hace pocas horas me anunciaron su vuelta, y volé á sus brazos, lágrimas de dolor brotaron de mis ojos: él interpretó mi llanto como un efecto de la tierna emocion que sentia, al volverle á ver tras larga ausencia, y yo entonces estuve á punto de revelárselo todo; pero no sé qué fatal presentimiento ahogó en mi lábio las palabras.

—¡Qué horrible es todo eso! Has hecho bien, Eugenia mia: hubiera sido una imprudencia de la que hubiéramos tenido que llorar los resultados. Te prohibo que jamás le hables de tal cosa, porque conozco profundamente lo pundonoroso de sus pensamientos, la rectitud de sus ideas y lo irritable de su carácter. Arrebatado por su noble indignacion, tal vez nos espondria á sufrir mayores infortunios que nosotras no debemos provocar. Luego el escándalo!... el mundo se halla dispuesto siempre á dar crédito á la calumnia, y cuando menos, *duda*! porque la calumnia al honor mas puro, es lo que á un limpio cristal los hediondos vapores de un pantano. Nada, hija mia; guardemos por ahora un silencio profundo sobre estos acontecimientos, y déjame pensar tranquilamente en los medios que debemos emplear para la defensa. No vuelvas mas al pabellon: no te quedes nunca sola, ni descuides tu seguridad, porque ya sabes que tienes un enemigo que incesantemente te acecha, te vigila con la audacia suficiente para aprovechar la primera ocasion que se le presente favorable.

—Asi lo haré; desde esta noche dormiré en mi antigua habitacion, y si algun dia se atreviera tambien á profanarla, antes que sucumbir á la violencia..... no lo dudes, madre mia, sabré con un puñal dejarle tendido y exánime á mis piés.....

—Y yo lo apruebo..... pero, silencio!.... me parece que oigo pasos..... tal vez tu padre.....

Dos ligeros golpes sonaron en la puerta, y á la voz de la esposa de don Julian, un criado levantando la brillante colgadura, asomó la cabeza y dijo:

—Don Luis de Alvarado, pide licencia para saludar á la señora.

—¡No, no! dijo Eugenia estremeciéndose; pero de pronto se contuvo á una significativa mirada de su madre que la advirtió de la presencia del criado.

Esta respondió con aparente tranquilidad.

—Algo temprano es aun para recibir visitas..... ¿A dónde está tu amo?

—En el palácio del presidente.

—Puesto que él no puede recibirle, no es cosa de que hagamos un desaire al caballero Alvarado: le recibiremos nosotras; dile que pase.

El criado se retiró, y Eugenia trocado en palidéz el templado carmin de sus mejillas, dijo llena de espanto.

—¡Va á entrar! ¿y yo he de verle?..... No! .... no podré soportar su odiosa presencia.....

—Ni yo quiero tampoco que te vea: déjame sola.

Y sin mas, Eugenia salió precipitadamente por una puerta secreta, al mismo tiempo que apareció en la principal el astuto Alvarado que se adelantó saludando á la señora de la casa, de la manera mas fina y respetuosa.

—Me doy el parabien, señora mia, dijo tomando asiento, de encontrarla al parecer completamente restablecida.

—Gracias, don Luis. Hace Vd. bien en decir que *al parecer*, porque como hombre de mundo sabrá perfectamente que no hay que fiar mucho en las apariencias.

—Sin embargo, no creo que me engañen las de ahora.....

—Quién sabe, amigo mio: así como detrás de un esterior noble y honrado se suelen esconder la astucia y la perversidad mas refinada.... así tambien debajo de un rostro animado y de unos ojos brillantes suele germinar la fiebre que lentamente los apaga.

—Es muy cierto por desgracia..... pero Vd. me permitirá que siga creyendo, que en el caso presente no puede tener aplicacion el doble símil que acaba Vd. de establecer.

—Vd. es muy amable, caballero, y sin duda pretende apartar de mi imaginacion ideas tan funestas... No obstante es muy difícil que yo me haga ilusiones sobre este particular: los años que he vivido no han sido tan estériles de esperiencia que no me permitan ver las cosas bajo de su verdadero punto de vista, llamándolas por sus nombres, y hé aquí cómo no carece de oportunidad ahora el doble símil de que Vd. me habla; porque, como se irá convenciendo poco á poco, ese doble símil en el caso presente tiene tambien doble aplicacion.

—Señora, dijo el Inca aparentando una profunda admiracion; no dudo de mi convencimiento si la amabilidad de Vd. es tanta que se toma el trabajo de convertirme.....

—Es Vd. bastante impenitente, caballero Alvarado, para que yo logre operar en él una verdadera contricion. Vd. debiera ya de haberme comprendido.

Y un vivo color de granate asomó en redondos toques á las mejillas de la esposa de don Julian.

El semblante del Inca no sufrió la mas leve alteracion.

—Comprendo, señora, dijo despues de una breve pausa y encogiéndose de hombros, que no comprendo nada. Antes bien me tiene algo confuso el tono de reconvencion con que Vd. se ha dignado pronunciar las últimas palabras, porque á la verdad, hoy menos que nunca podia yo esperar que saliera de sus lábios.....

—Lo creo muy bien, porque habrá Vd. visto á mi sobrino Cárlos que le habrá dado conocimiento de lo reconocidas que estábamos á Vd. por las buenas ausencias que le habíamos merecido.....

—¡Por piedad! señora, la interrumpió Alvarado, aparentando ruborizarse; ruego á Vd. que no continúe encareciendo un servicio que apenas puede dársele este nombre. Yo no hice mas que cumplir con un deber sagrado, y he tenido un verdadero pesar cuando el aturdido Andrade me ha dicho que les habia referido aquel desagradable acontecimiento. Mis pretensiones en punto á conquistar su gratitud, eran tan limitadas, que varias veces le rogué que guardára con Vds. un silencio absoluto, porque estaba viendo lo mismo que despues ha sucedido, que se le iba á dar á todo ello una importancia de que, en concepto mio, ha carecido siempre.

La madre de Eugenia le contestó con sarcástica sonrisa.

—Vea Vd. ahí la esplicacion de la primera parte del símil que no quiere comprender. ¿Quién ante un esterior tan modesto, tan noble y tan honrado no se siente dispuesto á rendirle el homenaje de la mas respetuosa admiracion? Y sin embargo, no hay nada mas faláz, mas orgulloso, mas perverso que el hombre que se esconde detrás de ese esterior....

—¡Señora!....

—Caballero..... lo sé todo!.... dijo la ofendida madre, espresando con su acento y con la súbita brillantez de sus inflamados ojos la justa indignacion y el alto desprecio que aquel hombre le inspiraba.

—No hay duda, repuso el Inca con la mas estóica imperturbabilidad; que aquí debe de haber alguna funesta equivocacion, cuando Vd., la mas delicada y atenta de las damas, se permite calificaciones tan poco lisonjeras.....

—Caballero! le he dicho á Vd. que *lo sé todo*....

—¿Y podré saber qué *todo* es ese?

—Conozco el lance del ramillete.

—¿Del ramillete?

—Y el suceso del bosque.

—¿Del bosque?

—Y el de la cabaña del cazador de leopardos.

—¿Leopardos?....

—Y el escándalo que anoche ha tenido lugar en el pabellon ocupado por mi hija.....

—Un ramillete..... el bosque..... cazador de leopardos..... escándalo en un pabellon..... francamente, señora, esa multitud de sucesos son un arcano, un profundo misterio para mí.

—¿Lo será tambien este billete escrito con un lápiz muy cerca de la choza del bosque? dijo la irritada señora mostrándoselo con su mano convulsa..... ¿conoce Vd. la letra?

—No señora: y no parece mala..... contestó Alvarado con la desfachatez mas inaudita.

—¡Basta, caballero! A no tener el testimonio de mi hija, á no tener la certeza de su sinceridad, á no haber visto correr sus lágrimas y observado el terror de que Vd. la ha rodeado con sus incalificables asechanzas, me haria Vd. vacilar aun, y por último creer en su inocencia.

—Me parece que voy viendo algo mas claro.....

—Yo creo que desde el principio me ha entendido Vd. perfectamente.

—Está Vd. en un error. Sospecho que se refiere Vd. á alguna revelacion de la señorita Eugenia.....

—Cabalmente.

—Pues!.... ¿vé Vd. cómo he dado con el secreto? Ya no me admira, señora, la aspereza con que Vd. me ha dirigido la palabra. Tiene Vd. razon, y á ser cierto yo mereceria la execracion de la sociedad.

—¿Qué quiere Vd. decir?

—La esplicacion de todo ello, es en mi concepto harto sencilla.

A los ojos de una madre, copioso manantial de ternura y de inefable amor, no hay deformidad ni imperfeccion alguna cuando se trata de sus hijos, y hé aquí la razon por la que Vd. ha dado cumplido crédito á lo que solo es un aborto del pensamiento arrebatado de una imaginacion viva y ardiente.

—No comprendo á Vd.

—Seré muy breve, y espero satisfacer, rehabilitándome, sus naturales dudas y justísimos deseos. Yo, señora, al presentarme por primera vez ante Eugenia, no tuve la fortuna de inspirarle simpatías. Esto será una calamidad, pero es un hecho. Hay ahora una revelacion por parte suya, que por los términos con que Vd. me lo ha dado á entender, tengo el derecho de imaginar que mi nombre juega en ella en primer término con notable perjuicio y dolo de mi reputacion. Ahora bien; esto está muy claro para mí. ¿Ha analizado Vd. con detencion el carácter de su hermosa hija? ¿No ha observado Vd. en ella una fuerte inclinacion, por efecto de su delicado organismo, á todo lo fantástico y maravilloso? Pues siendo esto así; ¿qué tiene de particular que todo ello sea el resultado de un sueño ilusorio revestido por su poética y exaltada fantasía con los colores de la mas palpitante realidad?

—Gracias, señor de Alvarado: tengo mas seguridad que todo eso de la solidez y buen estado del juicio de mi Eugenia. No me sorprende lo estravagante de sus escusas, porque para Vd. todas son buenas á falta de otras mejores, y aunque posee bastante flexibilidad de ingenio, crea Vd. que los recursos que le ha suministrado ahora son tan tristemente pobres, que solo fascinarian á un niño inocente ó á quien no tuviera la menor idea de lo que es el mundo. ¿Calificaria Vd. tambien de sueño ilusorio el haber arrebatado á mi hija su retrato?

—¡Cómo!.... repito que.....

—Acabemos; y escuche Vd. mi final determinacion.

—Devolverá Vd. inmediatamente ese retrato....

—Pero.....

—No pondrá Vd. los piés mas en esta casa.....

—Eso, señora.....

—Y dejará Vd. de atentar al reposo de mi hija, porque de lo contrario lo pondré en conocimiento de mi esposo, que sabrá defender de una manera poco grata para Vd. la tranquilidad de su familia.

A estas palabras pronunciadas con toda la dignidad que inspira el honor ofendido y la seguridad de la virtud, el Inca respondió levantándose y afectando un tono de indolente pedantería que le era muy familiar.

—Tanto peor para él y para Vds. si llega ese caso; porque le advierto, señora, que á él no le sufriria las ágrias reconvenciones que en Vd. he tolerado en gracia de su sexo, y un duelo entre él y yo, pudiera tener funestas consecuencias..... por mí parte no las temo. He dado á Vd. las satisfacciones que me han parecido oportunas, y el dudar de ellas y el llevar mas allá esta insignificante cuestion, me parece, señora, una imprudencia.....

Un hondo, sordo suspiro se escapó del seno de la madre de Eugenia al tiempo mismo que su esposo entró en la habitacion.

El Inca saludó y se despidió de la señora, marcando ligeramente estas palabras:

—Siento, señora, que hoy no lo pase Vd. todo lo bien que yo deseo; pero confio en mi buena estrella que otro dia la encontraré completamente restablecida.

Y acompañado de don Julian hasta la puerta, salió del aposento.

Apenas quedaron solos, don Julian reparando en el vivo color de las tintas que manchaban el rostro de su esposa, le preguntó disimulando su inquietud.

—¿Te sientes mal?

—Se me arde la cabeza... se me abrasa el corazon...

—Me parece, querida mia, que tienes bastante fiebre.....

—Sí..... mucha!

—¿Por qué no te recoges en el lecho?.... ¿Quieres que venga el doctor?....

—En buen hora..... pero tal vez será inútil.....

—¿Por qué?.... siempre convendrá..... daré órden para que venga inmediatamente.

Y el doctor vino; pero la fiebre siguió en creciente rápido vuelo, y pasados algunos dias dejó de existir siendo aun jóven y bella la esposa de don Julian.

Tales fueron los acontecimientos que precedieron á su muerte, y nos ha parecido oportuno apuntar para mejor inteligencia del capítulo primero, y justificacion del viaje á Europa que estan prontos á emprender don Julian Buenaventura y su hermosa hija.

Concluiremos éste con las últimas notas que antes de partir para *Vera-Cruz* habia Eugenia estampado en su diario.

«Se cumplirá la voluntad postrera de mi madre: mañana emprenderemos nuestro viaje á Europa, porque así mi padre me lo acaba de ofrecer. Cuando he conseguido su consentimiento y he quedado sola, han llegado á mis oidos los ecos de una burlona carcajada que me ha estremecido y á cuyo autor he creido reconocer. He corrido á la ventana .... á nadie he visto..... puede ser que me haya equivocado. De todos modos no me conviene permanecer aquí: variando el lugar de la escena, daré un golpe mortal á las maquinaciones del Inca. ¡Ay de mí!.... me alejo del sepulcro de mi madre, y salgo de mi patria, acaso para siempre, como quien huye del contagio de una mortífera epidemia.»

T. R. Rubi.

POESIA LIRICA.

Considerada la poesía lírica en España durante el siglo XVI y principios del XVII como un *arte de imitacion*, llegó naturalmente á ser tan estéril como siempre son las imitaciones, al paso que, apreciada solamente en ella la estructura artística, condenada por consiguiente á vivir una vida exterior sin un espíritu interno que la animase, sin ninguna condicion de filosofía y de nacionalidad, que mientras la sostuviese con su propia esencia, la asimilase á la inteligencia y los sentimientos del pueblo, tuvo que agitarse en la esfera reducida de las formas, mendigando los caprichos de un lujo fascinador, que no dejase penetrar lo débil de su existencia; y despues de haber apurado en fin todas las combinaciones de bellezas transitorias, desesperada, impotente, hacer los últimos esfuerzos, ataviarse con ridícula estravagancia hasta morir sofocada por el cúmulo de sus adornos.—Graciosa coquetuela en manos de Garcilaso, ufana con sus nuevos prendidos en poder de Herrera, reflexiva y apasionada algun tiempo bajo el dominio de fray Luis de Leon y de Rioja, era ya, cuando llegó á Góngora, una vieja cortesana, que se ve abandonar por sus adoradores, y que no conservando nada de su juvenil belleza, piensa demasiado tarde en lucir por su talento; pero falta de una prévia educacion sólida, de un espíritu profundo, de una sensibilidad delicada se hace pedante, fútil, y lucha por encender en su corazon helado alguna chispa de un fuego que no sintió jamás, ó que dejó extinguir apenas sentido un breve instante.

Pero los extravíos de Góngora y su escuela son doblemente disculpables, si se atiende á que eran la

forzosa consecuencia de lo que habia existido, ó mejor dicho, de lo que habia dejado de existir antes de él por una parte, y por otra, de lo que le rodeaba. Lo anterior y lo contemporáneo se combinaban para producir el *culteranismo* con una fuerza recíproca que no era dable resistir.—Para que Góngora hubiera podido dar un fondo filosófico, una vida real y poderosa á la poesía, que llegó á sus manos sin ninguna de estas condiciones, era preciso que su época y su nacion fuesen diferentes de lo que eran.—Era preciso que el escolasticismo y la inquisicion no hubieran cortado los vuelos al pensamiento y á la voluntad, al espíritu y á la accion, como se los cortaban: era preciso que una monarquía decadente y huérfana de su pasada gloria, como era en tiempo de Felipe III y Felipe IV, no hubiese olvidado las tradiciones que podian prestar calor y nacionalidad á su literatura, no hubiese erigido en ley del estado la sumision mas absurda y la abnegacion mas completa de toda libertad para pensar, hacer ni decir otras cosas mas que las permitidas y acreditadas en aquella corte corrompida, trivial y recelosa de los sucesores de Cárlos V.—Quien pretendiera ser innovador en esta época y en este país, debia partir de dogmas, que impedian examinar los principios de su nuevo sistema; tenia que acomodarse á una especie de código prohibitivo, que trazaba á su ingenio un círculo muy limitado, en el que no hallaba mas espacio que para gastar inútilmente sus fuerzas, sin poder mejorar en nada lo pasado, ni mucho menos cambiar la esencia de lo presente.—El ingenio entretanto sentia necesidad de crear algo; y como no tenia libertad para crearlo bueno, lo creó como únicamente pudo, es decir, malo;—y como esto malo era en fin una novedad, tuvo sus sectarios é imitadores, que exagerándolo lo hicieron peor, creciendo este empeoramiento, como no podia menos de suceder, á medida que el modelo iba quedando mas lejos de la copia.—Así es que cuando en Góngora vemos la estravagancia que lleva consigo toda exageracion, en sus sucesores hallamos el absurdo;—los extravíos de aquel son lamentables; los de estos son risibles, y todavía hay algunos que casi producen indignacion, como Quevedo por ejemplo, el escritor mas filósofo que tenemos despues de Cervantes, el que con su habitual causticidad habia ridiculizado mas agriamente el culteranismo, y que sin embargo, inferior en este punto á su esquisito talento, y menos fuerte que el fatal gusto literario de su tiempo, fué muchas veces infinitamente mas estravagante que el mismo Góngora.—Los que siguieron á estos hasta espirar el siglo XVII son ya mas que estravagantes: son locos rematados, pedantes frenéticos.

Tal era el estado de la poesía española, cuando la dinastía francesa ocupando el trono, que le abandonó el segundo Cárlos, importó á nuestro suelo las creencias, los hábitos, y por consiguiente las doctrinas literarias de la corte de Luis XIV.—Oigamos lo que de esta transicion opina el señor Gil y Zárate. «¿Fué esta mudanza, pregunta, favorable ó perjudicial á nuestra literatura? ¿Destruyó la influencia francesa el ingenio español, cortándole los vuelos para arrastrarlo por las sendas de un humilde prosáismo?—No, porque no podia destruirse lo que ya no existia. El ingenio español habia desaparecido, muerto enteramente despues de tanto delirar en los últimos años del siglo XVII, necesitaba resucitar, y no era dable que tal milagro se verificase con los mismos principios que lo habian conducido al sepulcro. Para presentarse con nuevos bríos necesitaba rejuvenecerse en las aguas del buen gusto y de la sana crítica, y lo hizo en la imitacion de la literatura francesa, que brillaba sobretodo por semejantes prendas. A vuelta de estas ventajas, tenia que resultar un daño: lo que ganábamos en cultura, lo perdimos en poesía; pero tal es el efecto de todas las reacciones; siempre van mas allá de lo justo...»

Esta fiel exposicion nos conduce á considerar nuestra poesía del siglo XVIII bajo un punto de vista enteramente análogo al que nos sirvió para juzgar la del renacimiento en el siglo XVI.—Aquella como esta eran hijas de una influencia extraña, que les imponia una vida prestada: una y otra se olvidaron de su antigua existencia recíproca; y humilladas bajo el yugo de una imitacion, que admitieron sin exámen ni discernimiento, ó cuando menos sin la precisa economía para que les quedára algo de originalidad, fueron víctimas cada una del vicio respectivo que dominaba sus desvelos.—Desde el instante que aceptó nuestro Parnaso las metafísicas sutilezas, el frio teologizar, y el trivial discreteo de los poetas italianos y provenzales, condenaba su porvenir á perderse mas y mas en esta senda no iluminada por el juico sólido, ni mucho menos embellecida por el sentimiento verdadero, y donde á falta de tales auxilios se despeñó el genio de Góngora.—Desde el instante que para conjurar la anarquía y el frenesí producidos por estas causas aceptó nuestro Parnaso el helado criticismo y la prosáica regularidad de los clásicos franceses, cayó en aquel triste abatimiento, que enervaba las fuerzas del espíritu mas atrevido, y que no permitia emplear la actividad del ingenio español mas que en destruirse recíprocamente con una lucha empeñada para juzgar de principios mas que de producciones, y que al cabo debia ser tan estéril como todo lo que á mas de no ser espontáneo, es contrario á la índole y á las creencias de quien lo practica.—Italia, pues, en el siglo XVI, y Francia en el XVIII hirieron de muerte la originalidad de nuestra poesía, y la condenaron á la triste oscuridad en que vive para casi toda la Europa, especialmente la de la última época, porque siendo, como es, *copia de otra copia*, segun la espresion del duque de Rivas, no ha podido excitar una curiosidad, que podia satisfacerse con el conocimiento del modelo primitivo.—Y este desden con que se ha mirado generalmente, ha sido segundado en tal manera por la juventud española actual, que apenas son conocidos de ella por sus nombres los poetas de la última centuria, mientras que los de nuestro llamado *Siglo de Oro* le van siendo ya familiares.

¿Este desden es justo, ó no?—Sin atrevernos nosotros á calificarlo absolutamente de injusto, puesto que en él hay una gran parte de inevitable, diremos sin embargo que se peca contra el deber de gratitud, condenando al olvido esfuerzos laudables que tienen una grande importancia, si se atiende á la época y á las causas que los produjeron; y que por otra parte iluminan la historia reciente de nuestra literatura, y explican la revolucion que hemos visto consumarse durante la década últimamente transcurrida.

Es singular un fenómeno que se nota en el principio de la restauracion de la poesía española en el siglo pasado.—Apenas extendidas las doctrinas de Luzan, que deben considerarse como base de este período, y cuando á consecuencia de ellas parece natural que la reaccion comenzase con violencia, nos encontramos á D. Nicolás Fernandez de Moratin, padre de nuestro célebre dramático, que lejos de prestar ciega obediencia como la mayor parte de sus sucesores, al código transpirenáico, se declaró punto menos que independiente, y evocando las inspiraciones puramente nacionales, que los demas desdeñaban ó condenaban abiertamente, pulsó la lira de los romanceros con un gusto tan español, con un tino tan delicado, que apenas deja que envidiar nada á la poesía mas rica de nuestros mejores tiempos.—Es seguramente tan extraño como honroso para Moratin, que cuando sus escasos contemporáneos, y mas escasos predecesores, andaban á las vueltas con la musa anacreóntica y los poetas latinos, él rivalizando con Góngora en sus buenos tiempos, é igualando á nuestros mejores cancioneros en gala, fluidez, invencion y naturalidad resucitase nuestra degenerada poesía nacional con versos tan espontáneos, tan castizos y tan característicos como el romance morisco de *Abdelcadir* y *Galiana*, con quintillas tan sueltas y animadas como las que empleó en su *Fiesta de toros en Madrid*, con sus romances caballerescos *D. Sancho en Zamora* y *Empresa de Micer Jacques Borgoñon*, y algunas otras composiciones de los mismos géneros.—Apenas se advierte en estas obras algun rastro de la manía entonces dominante de traer á cuento en todo y para todo la mitología, y si alguna vez se desliza quizás arrastrado por el impulso irresistible de su época, sabe hacerlo con tanta belleza como se ve en esta estrofa, describiendo un combate:

Al golpe que da, parece
Que Marte la espada vibre,
Despida Belona el asta,
Y Jove el rayo fulmine.

No nos gusta mucho en verdad, ni nos parece que presta á la escena un colorido muy propio hacer intervenir esta trinidad pagana en la lucha de los caballeros cristianos; pero es preciso confesar que si la imágen es impropia, no carece de oportunidad, y sobre todo de viveza.

Dotado de mas genio, si bien de menos juicio D. Vicente García de la Huerta, ciegamente adicto á nuestra poesía nacional, y antagonista por consiguiente del preceptismo ultramontano, careció de aquella prudencia y templanza que habrian sido precisas para conjurar la intolerancia de los pedagogos de su tiempo, y exagerando sus aficiones literarias á medida que mas fuertes eran las oposiciones que encontraba, dió rienda suelta á la irritacion de su amor propio, y se empeñó en una polémica que le fue tan fatal como á Góngora le habian sido sus pretensiones, cuyo continuador y representante se propuso ser sin duda—Huerta.

.....ese diablo,
Que con su maldito genio
Agrio y descontentadizo
Aburrirá al mundo entero,

pues con tales palabras se califica á sí propio, es el que en el siglo XVIII merece con mas razon, á nuestro parecer, el título de poeta.—Apasionado hasta el extremo, español hasta la médula, con una imaginacion ardiente, con una facilidad cual se ve principalmente en sus romances y endechas, emprendedor, osado, y con un ingenio tan flexible para prestarse á todos los géneros literarios, como inflexible era su carácter para no poder vivir en paz con sus contemporáneos, el autor de Raquel parecia ser el llamado á amalgamar la riqueza del ingenio español con las justas exigencias de la buena crítica; hubiera sido capaz de aplicar las formas clásicas con muy buen éxito al espíritu de nuestra poesía nacional, consumando así la fusion que mas tarde intentó Melendez, quedando superior á este meloso poeta en espontaneidad, y aventajándole no menos en profundidad é inventiva.—Pero ya lo hemos dicho: Huerta tenia mas irascibilidad aún que talento, y á fuerza de cólera se dió trazas para inutilizarse á sí mismo.—Verdad es tambien que la manera con que se le atacaba, no podia ser mas irritante.—En un tiempo, en que no tenian lugar aun las discusiones políticas, cuando la prensa periódica aparecia en nuestro suelo, hubo de llenar la polémica literaria el vacío que dejaban aquellas, ejerciendo un apostolado que llevaba el sello del pedantismo, y que, como en otra ocasion hemos dicho, ahogaba en su gérmen las inspiraciones mas espontáneas y los ensayos mas fecundos.

Contábase entre estos apóstoles rígidos y descontentadizos el erudito D. Tomás de Iriarte, declarado antagonista de Huerta, el cual no parece sino que á fuerza de sátiras amargas y de dogmatismo de dómine se propuso compensar la tirantez y sequedad de su estéril musa.—Ningun español de cuantos han hecho versos se nos figura que tiene menos instinto poético que Iriarte. Si esta no fuera una opinion generalmente recibida, bastaria á probarla el célebre verso suyo:

Las maravillas de aquel arte canto,

precisamente el primero de un poema de la *música*, es decir, del arte de las armonías por excelencia, y en el que su autor se propone probar *la aptitud de la lengua castellana para el canto*.—Preciso es confesar no obstante que la sátira literaria de este escritor tiene siempre sólidos fundamentos, revela erudicion y buen juicio, si bien nimiamente descontentadizo: es tambien por lo general decente, y muy rara vez ingeniosa y epigramática.

Víctima tambien del atrabiliario humor crítico de Iriarte fue D. Juan Melendez Valdés, sobre cuya poesía nos vamos á tomar la libertad de decir cuatro palabras, juzgándola bajo un punto de vista distinto del en que le acosó aquel su rígido censor.—En el siglo en que vivimos, en el estado incierto que tiene nuestro idioma, y en la mezcla varia y confusa de inspiraciones espontáneas ó facticias que sentimos brotar en derredor de nosotros, no nos compete ciertamente indagar como Iriarte si fue Melendez afectado y arcaista, ni si su diccion fue ó no pura y

correcta.—Nosotros, mas historiadores que críticos, solo tenemos que decir la influencia que ejerció en el parnaso español la aparicion de este poeta, y los verdaderos servicios de que le es deudor la musa castellana.

Melendez en la historia literaria del siglo XVIII ocupa un lugar muy análogo, en nuestra opinion, al que tiene Garcilaso en la del siglo XVI.—*Reformador* éste, y *restaurador* aquel, ambos eran llamados á introducir una novedad; pero si su destino era igual en la esencia, en su extension y otras circunstancias accesorias era muy diferente.—Garcilaso encontraba en pos de sí una poesía rica de inventiva, no pobre de formas, bella por su misma sencillez, y expresada en un idioma que habia tomado poco del extranjero todavía:—su mision por consiguiente estaba reducida á aumentar el caudal de las formas con palabras, locuciones y metros nuevos, tomados de una lengua muy semejante á la española, y que podian por tanto adquirir fácilmente en ella carta de naturalidad.—Melendez no encontraba poesía que mereciese verdaderamente nombre de tal á su advenimiento:—la que encontraba, habia admitido en su prosáico dominio, palabras y frases de un idioma muy lejos del castellano, por mas que tengan un orígen en parte comun;—su mision por consiguiente era no solo resucitar el espíritu y las formas de una poesía olvidada, sino que tenia tambien que hundir la dominante, afrontando la doble resistencia que habian de oponerle sus estragados contemporáneos, que veian en sus obras una tácita censura de su *gálico prosaismo*, mientras que tambien le era preciso poner en guardia su recto juicio y su gusto no contaminado para rechazar la influencia que á pesar suyo podrian ejercer en uno y otro los hábitos literarios de su tiempo. La lucha de Melendez, pues, era un combate de ataque y defensa, en que su amor propio no era lo menos comprometido, puesto que se presentaba como innovador en una época de servilismo, cuyo carácter mas lastimoso era el tenaz empeño con que defendia su propia esclavitud. Garcilaso en su reforma no encontró mas obstáculos que las sinceras protestas de algun patricio de buena fé, como Cristóbal de Castillejo, á quien le dolia en el alma medir la longitud de los versos endecasílabos; pero Melendez tenia que habérselas con la rabiosa susceptibilidad de pedagogos sin corazon y con un juicio prestado, que le acechaban para cogerlo en un desliz entendido á su manera con el fin de censurarlo sin piedad, y de desacreditar su restauracion.—Garcilaso finalmente vino á completar lo mucho que ya habia: Melendez vino no solo á completar lo poquísimo que habia, sino tambien por consiguiente á crear lo mucho que faltaba.—¿Hasta qué punto satisfizo estas condiciones de su destino?—¿Qué beneficios le debe realmente la musa castellana? ¿No fue mas lo que dejó por hacer en obsequio de ella que lo que hizo? Y supuesto que así sea, ¿pudo evitarlo?

En el artículo inmediato nos haremos cargo de estas cuestiones, cuya solucion nos traerá ya al exámen de los poetas posteriores á Melendez, de los cuales unos viven todavía sin haber tomado parte en nuestra revolucion literaria, otros separándose mas ó menos de la escuela en que se educó su juventud, han enarbolado la bandera de la rebelion contra sus antiguas doctrinas, ó bien se han presentado como conciliadores y jueces, ya en el campo de la poesía, ya en el de la crítica contemporánea.

G. VIÑO TEJADO.

Revista Teatral y Literaria.

Han terminado las funciones de la primera temporada el dia 30 de junio en el teatro del Príncipe: solo el teatro del Circo continúa abierto durante el verano. Al teatro de Variedades, cuya compañía recorre ahora varias ciudades de Castilla la Vieja, ha sucedido el de Buena-Vista, situado en la calle de la Luna, y al cual deseamos mejor ventura que la que ha tenido en otras ocasiones y con otras compañías.

No podemos hablar de otras novedades que de la última salida de Ronconi y de la primera de M. Marchard, pianista del emperador de todas las Rusias. Del célebre barítono diremos que estuvo admirable en el ária de la Calumnia, y que como actor y como cantante ha correspondido con usura á la alta reputacion que le habia precedido á la capital de España, y que no ha tenido ningun adversario mientras hemos tenido ocasion de oirle. Notamos, sí, que no se han puesto en escena varias óperas que se anunciaron á la llegada de Ronconi á esta córte.

De M. Marchard hablaremos poco. Recientes en la memoria los triunfos del húngaro Listz, se aventura á mucho quien se siente al piano ante el público madrileño. M. Marchard tiene bastante ejecucion y no carece de gusto, si bien dista algo de ser una maravilla del arte; y como cronistas fieles necesitamos apuntar que en su presentacion obtuvo un éxito nada mas que *de estima*, como dicen los estranjeros, debido en gran parte á las variaciones que improvisó sobre un tema tan popular como el himno de Riego.

Ha vuelto á brillar solo en *la Parisina* el tenor Tamberlick en la noche del último viernes, notándose en esa como en otras óperas que la compañía del Circo necesita poderosos refuerzos.

Uno le ha llegado de gran valía con el nunca bien ponderado Salvatori, ya bien conocido y con particular predileccion apreciado en el mismo teatro, donde se dispone á hacer su nueva salida. Esta no tendrá lugar, probablemente, hasta fines del próximo julio, debiéndose poner en escena al efecto *I due Foscari*, última ópera escrita por el maestro Verdi, con todo el lujo y aparato que requiere su argumento. Mucho anhelamos ver nuevamente en escena al distinguido cantante, cuyos triunfos en *Marino Faliero*, en *los Puritanos*, en *el Furioso*, en *el Barbero de Sevilla*, en *el Belisario*, en *Lucrecia de Borgia* y en otras óperas hemos tenido la fortuna de encomiar diversas veces, así en el viejo como en el nuevo mundo.

Parece que se le han hecho proposiciones al maestro Saldoni para representar su ópera titulada *Boabdil*, de la cual se han ensayado con buen éxito algunas piezas en el Liceo.

Otro ensayo de la misma clase debe hacerse en la próxima semana en el teatro del Circo, si bien presentado con mas pompa; aludimos al primer acto de la ópera del señor Espin, titulada *El asedio de Medina*, que debe cantarse el miércoles de la próxima semana. Celebraremos que estos ensayos, lejos de ser estériles, correspondan á los costosos sacrificios y á los continuos afanes empleados por sus autores para que el público juzgue de sus obras.

Se ha repartido el segundo número del *Siglo pintoresco*, adornado con preciosos grabados en madera, del señor Castelló, que es su director y propietario. Deseamos á nuestro colega venturas y prosperidades.

No es cierto, como anuncia algun periódico, que la tragedia bíblica de la señorita Avellaneda haya de representarse en el teatro del Circo.

El distinguido poeta don Tomás Rodriguez Rubí ha salido el dia 2 de julio con direccion á Málaga, donde piensa pasar todo el verano. Allí terminará su comedia titulada *Hacerse hombre*, y la novela el *Hermano de la mar*, que tenemos el gusto de insertar en nuestras columnas.

Debe repartirse dentro de breves dias una comedia de Ruiz de Alarcon, segunda de la coleccion que publica el señor Boix y dirige el señor Hartzembusch.

Ha salido de Madrid el dia 5 de julio el maestro Iradier, el cual se propone recorrer todas las provincias de Andalucía, donde tan populares son sus canciones.

DIRECTOR Y EDITOR D. A. FERRER DEL RIO.—Impreso en las prensas mecánicas de D. I. BOIX, calle de Carretas, números 8 y 35.